

De los estantes devorados en la infancia a la emoción de un manifiesto demoledor escuchado al lavar los platos del día, se alinean los planetas entre lectura, buena escritura y misión. Eso que allí anida está en la memoria deliciosa de Raquel Robles.

LA BIBLIOTECA COMUNISTA

por **Raquel Robles**

ilustraciones **Mariela Glüzmann**

Yo crecí entre libros, sin embargo en la casa de mis tíos no había grandes bibliotecas. A excepción de la biblioteca del escritorio del tío que tenía las obras completas de Lenin y otros textos de ese estilo, el resto de los libros se apilaban en aparadores, adentro del ropero junto con la ropa y en mesitas de luz. No había ese respeto reverencial por el libro como objeto, que debía estar cuidado y exhibido en un mueble ad hoc. No sé cómo era en la casa de mis padres. No recuerdo una biblioteca, pero en algún lugar debían estar los libros. Muchos años después de que los militares los hubieran secuestrado, cuando ya estábamos en plan de recuperar la casa, se la dimos en alquiler a una amiga de uno de mis hermanos mayores. Cuando le pregunté si había encontrado libros, además de juguetes tirados y chupetes resecos, me dijo muy compungida que los había quemado en el fondo.

Cuando vivía con mis padres todavía no sabía leer. Faltaba un año para que descubriera que el mundo estaba lleno de letras y que si sabías descifrarlas se abría una puerta gigante. Cuando llegué ese momento ya vivía con mis tíos. En esa casa no había libros infantiles, había libros. Tampoco había recomendaciones. Agarrabas el que querías y punto. Nadie te hacía problemas si no dormías porque te habías quedado leyendo. Supongo que invertían la lógica de su propia infancia: circulaban un montón de historias de las tres hermanas –mi ma-

má y mis dos tías- leyendo debajo de la frazada para que el abuelo no las retara. La tía siempre contaba que cuando se internó para tener a su primer hijo estaba leyendo un libro que la tenía muy atrapada. Las monjas alemanas que regenteaban el hospital estaban horrorizadas. Les parecía de una insensibilidad sin precedentes que siguiera leyendo entre contracción y contracción. Así que leer era bueno, era algo en lo que nadie se podía meter y donde tenías que buscarte tu propio camino.

Sin embargo, no había cualquier libro en la casa de los tíos. Estaban los del escritorio, al que sólo él entraba y que nosotros conocíamos en los pocos segundos que nos llevaba avisarle que ya era la hora de comer. Todas las mañanas él se encerraba y leía. Leía documentos, escribía en papelitos cortados con una regla o con el cortapapel sus planes para la semana. Cuando yo entraba veía en los estantes que él mismo había he-

cho –era ebanista de oficio- la larga fila de las obras completas de Lenin -con su color amarillito y el hombro de Vladimir Ilich en el lomo- y las enciclopedias y otros libros científicos. Porque ser comunista era leer y hacer ciencia. Y planificar con quién y cuándo se iba a hablar en la semana para tratar de crear conciencia.

En la habitación donde dormíamos mi hermano y yo –que había sido la habitación de los hijos de los tíos- estaban los libros de la colección Robin Hood: Mujercitas, Bajo las lilas, Los muchachos de Jo, Hombrecitos, Jack y Jill. También estaban El último mohicano, Heidi, El correo del zar, Veinte mil leguas de viaje submarino, Los viajes de Gulliver. Todo lo leíamos mi hermano y yo en el silencio de la noche, sin comentar nada, discutiendo al final por quién iba a apagar la luz, porque por alguna razón desconocida, a nosotros no nos tocaba tener velador.

Nunca supe de dónde salían los libros, quién los había comprado ni para quién. Cuando de grande quise llevarme el mueblecito con los libros de Monteiro Lobato – la colección de Naricita- y mi primo luchó por ellos aduciendo que los tíos se los habían comprado para ellos cuando eran chicos, entendí lo que siempre había sabido: ser sobrino -no hijo- es tener todo de segunda mano. Ese mismo primo que por esos años había decidido irse a vivir con sus padres porque estaba pagando una casa

*Hasta ese momento
ser comunista
para mí era algo difuso
que culminaba
en la Revolución,
que suponía convencer
a un montón
de gente
de cuál era la verdad
de la milanese*



y no le alcanzaba para el alquiler, compró para su hijo la colección completa de los libros de Emilio Salgari. Su hijo no sabía leer todavía así que nos los prestaba a nosotros. Entonces conocí al Capitán Tormenta. Todo lo anterior había sido preparatorio. La escena en la que los cristianos son usados para pescar sanguijuelas me acompaña hasta el día de hoy. Mi hermano se los devoraba con un entusiasmo que destacaba del habitual recato con el que solíamos leer. Yo me quedé con el Capitán Tormenta. Junto con Verónica –una niña huérfana pelirroja a quien su familia la va a buscar al horrible orfanato donde vive desde que nació cuando tiene trece años- fue el primer libro que leí entre libro y libro. Se iniciaba una tradición que aún conservo: el estribillo. Leer el mismo libro cientos de veces, como volver a charlar con un amigo que vive lejos, pero que vuelve cada tanto.

Hasta ese momento ser comunista para mí era algo difuso que culminaba en la Revolución, que suponía convencer a un montón de gente explicándole cuál era la verdad de la milanese, leer documentos del Partido y planificar en cronogramas hechos con lápiz triangular de carpintero. Entonces llegaron a mí los tres libros más importantes de mi formación político-literaria.

El primero –tres tomos pesados- fue El poema pedagógico de Antón Semionovich Makarenko. Fue el primero que para mi tía, al verlo en mis manos, ameritó un comentario. “Makarenko decía que para que los chicos no se enfermaran tenían que estar todo el día descalzos”. En ningún lugar de los tres tomos encontré esa recomendación, pero el maestro me encontró a mí. Paré siempre entendí que ser comunista era enseñar. Cuando comienza la Revolución Rusa, Antón era un maestro de escuela. Miles de chicos quedan solos en las calles después de la Primera Guerra Mundial y de la guerra civil. Haciendo desmanes, vándalos sin control. El nuevo Estado soviético se plantea una solución de fondo. Pero nadie quiere agarrar ese hierro caliente. Entonces el maestro, aun sabiendo que tal vez se arrepienta, acepta el desafío. Desde ese momento en adelante, con una prosa sin necesidad de tonos épicos, esos chi-



Cuando viví con los tíos, que eran militantes del Partido Comunista, nunca leí ni a Marx ni a Engels, aunque en esa casa se los llamaba por el nombre de pila y en castellano: Carlos y Federico.

cos que nada sabían de vivir en comunidad ni de confiar en otros ni de la cultura del trabajo, se van convirtiendo en el Hombre Nuevo. No hay ninguna escena hollywoodense, sino un largo y penoso esculpir piedra por piedra de este sujeto capaz de sentirse orgulloso de su aporte al crecimiento colectivo. Lo volví a leer de grande, y lo volví a leer con ojos de maestra y después con mirada de funcionaria pública y cada vez entendí cosas distintas, siempre iluminándome el camino.

El segundo libro –dos tomos, uno rosa-

do y otro celeste- Así se templó el acero de Nicolai Otrovski. Entonces entendí que ser comunista era ir al frente. Un libro de guerra, de combate, de la mística del soldado que lucha su guerra contra el antiguo régimen, creando lo nuevo.

En esa época ya mi hermano y yo dormíamos en habitaciones separadas y yo tenía un velador. Cuando la tía me vio leyéndolo me miró un momento y mientras guardaba ropa en el armario me dijo “duro ¿no?”. Pero me lo dijo con una chispa en la voz que me dejó claro que “duro” era algo bueno, algo que lograba emocionarla.



Hay una escena que yo le adjudiqué a este libro pero que nunca encontré leyéndolo de grande. Como el "ladran Sancho, señal que cabalgamos" del Quijote. Durante años construí que el libro comenzaba con un soldado que se tiraba un tiro en una pierna para poder irse del frente. Lo descubren y le hacen un juicio y lo perdonan porque entienden el sufrimiento del soldado que no aguanta más. El segundo capítulo contaba la misma situación pero el narrador, el jefe de esa brigada, con mucho dolor cuenta que lo que dice el primer capítulo es lo que hubiera querido hacer pero lo que hizo fue lo que mandaba el deber: fusilar al soldado desertor, porque dejar el frente es traicionar a la patria: la Revolución necesita de todos y cada uno de sus soldados.

No existen en el verdadero libro ni el

Con los años, con los tortazos, y también con el amor, supe que ser comunista también es escribir bien

capítulo uno ni el dos, pero existieron siempre en mi recuerdo. Y en mi idea de ser comunista.

El tercer libro—un único y magistral tomo—: Diecisiete instantes de una primavera de Yulian Semenov. Una de espías en la Segunda Guerra Mundial. Stirlitz, el protagonista, es un espía ruso que se infiltra en lo más alto de la cúpula nazi y desde ahí boicotea sus planes. Pero no es un espía como James Bond, atlético, intrépido, que mata sin pestañear y con una sola mano a todo el que se interpo-

ne en su camino. Es un hombre enamorado que resigna su matrimonio para concretar su deber patriótico. Es un licenciado en matemática que ha logrado ver con los ojos cerrados, sentir el peligro en el acelerarse de su corazón, que cuando tiene que matar se angustia y se justifica a sí mismo volviendo a evaluar que no tuvo otra opción. Años y más años de su vida, metido en una trama ajena, en un país extraño, entre fascistas y gente sanguinaria apretando un relicario en el que hay un mechón de pelo de la mujer que ama.

Entonces entendí que ser comunista era hacer sacrificios. Grandes sacrificios.

Durante los años que viví con los tíos, que eran militantes del Partido Comunista desde que eran adolescentes, nunca leí ni a Marx ni a Engels, aunque en esa casa se los llamaba por el nombre de pila y en castellano: Carlos y Federico. Sin embargo, entre el Capitán Tormenta, Makarenko, el acero templado a fuerza de pura voluntad y los más bellos y angustiantes pasajes del espionaje soviético yo entendí: pedagogía, coraje y sacrificio.

Con los años, con los tortazos, y también con el amor, supe que ser comunista también es escribir bien. Tal vez porque mientras lavaba unos platos un hombre me leyó, mientras me abrazaba por detrás un poema de Humberto Constantini—Manifiesto político en contra de los días en que no te veo— y quise inmediatamente luchar hasta la victoria por una vida en que no hubiera días en que no viera a ese hombre. Y ese poder, las palabras y la acción—la poesía y el abrazo—, me dijeron mucho sobre qué era ser comunista. También entendí, cuando pude empezar a trabajar de escribir, que donde hay trabajo hay comunismo, o mejor dicho: no hay comunistas que no piensen el trabajo. Entonces. Enseñar y aprender, ser valiente para arriesgar, atreverse a dejar la comodidad para sumergirse en los fangos que hagan falta, estar muy enamorada y ganarme el cielo de los trabajadores. Eso es ser comunista. Eso es escribir. Pan, paz, trabajo. Arriba los de abajo. Pan, paz, trabajo. Amor y poesía. Esa es la biblioteca comunista.